

PREPARACIÓN A LOS MINISTERIOS DEL LECTORADO Y ACOLITADO

1.- Introducción

Queridos hermanos, en estos días ustedes recibirán los ministerios instituidos del lectorado y el acolitado. Para nosotros Xaverianos, como para todo candidato al sacerdocio, estos ministerios tienen su importancia y su rol en todo el proceso formativo; no son simples requisitos burocráticos sin sentido espiritual ni etapas forzosas a alcanzar en una carrera sin sentido ni espiritualidad. Todo lo contrario. Ellos tienen una raíz profundamente espiritual y un sentido misionero importante en el camino de santidad de cada candidato.

Para no quedarme en la teoría, quisiera leerles algunos números de nuestra *Ratio Formationis Xaverianae* general; se encuentra en los números 319 – 322.

Quisiera insistir sobre esta afirmación: “...que adquieran y vivan las actitudes espirituales y pastorales implícitas en la recepción y en el ejercicio de los mismos ministerios...” (RFX 319); no es solo el aprender ritos o comportamientos sobre el presbiterio, el altar o demás; bien nos es dicho que se trata de adquirir actitudes espirituales y pastorales. Cada ministerio tiene bien definida alguna de estas actitudes.

Recordando un poco lo que dicen los rituales sobre estos ministerios, hago mención de lo siguiente:

Por el Ministerio del Lectorado: El Lector queda instituido para la función, que le es propia, de leer la palabra de Dios en la asamblea litúrgica. Por lo cual proclamará las lecturas de la Sagrada Escritura, pero no el Evangelio, en la Misa y en las demás celebraciones sagradas. Esto es su función; pero sus actitudes a desarrollar van más allá:

“El Lector, consciente de la responsabilidad adquirida, procure con todo empeño y ponga los medios aptos para conseguir cada día más plenamente el suave y vivo amor, así como el conocimiento de la Sagrada Escritura, para llegar a ser más perfecto discípulo del Señor” (Ministeria Quaedam V, Pablo VI).

Nuestra Ratio también lo describe con estas palabras: “El lectorado se caracteriza por:

- Una relación privilegiada con la Palabra de Dios a través de la lectio divina, la oración sobre la Palabra y el estudio exegético.
- La maduración de una espiritualidad profética, en la lógica del radicalismo de la consagración, del seguimiento y del testimonio coherente y audaz;
- El crecimiento en la escucha de los demás, refinando la capacidad de descentrarse, pasando del interés de sí mismo al interés por los demás, siendo atentos a las personas y a las situaciones.

- El ejercicio, sea en comunidad, como en los distintos ámbitos pastorales, de las tareas previstas por el ministerio de los lectores, aprendiendo a proclamar claramente la Palabra de Dios. (RFX. No 321)

Por el Ministerio del Acolitado: El Acólito queda instituido para ayudar al diácono y prestar su servicio al sacerdote. Es propio de él cuidar el servicio del altar, asistir al diácono y al sacerdote en las funciones litúrgicas, principalmente en la celebración de la Misa; además distribuir, como ministro extraordinario, la Sagrada Comunión. Esto es su función; pero sus actitudes a desarrollar van más allá:

El Acólito, destinado de modo particular al servicio del altar, aprenda todo aquello que pertenece al culto público divino y trate de captar su sentido íntimo y espiritual; de forma que se ofrezca diariamente a sí mismo a Dios, siendo para todos, un ejemplo de seriedad y devoción en el templo sagrado y, además, con sincero amor, se sienta cercano al Cuerpo Místico de Cristo o Pueblo de Dios, especialmente a los necesitados y enfermos. (Ministeria Quaedam VI, Pablo VI).

Nuestra Ratio también lo describe con estas palabras: “El acolitado se caracteriza por:

- Una relación privilegiada con la Eucaristía por medio de la participación activa y vital en la celebración eucarística, en la adoración, en la oración contemplativa y en la reflexión teológica;
- La maduración de una espiritualidad eucarística, en la lógica del don total de sí, de la gratuidad y de la comunión;
- El ejercicio, en comunidad y en los ámbitos apostólicos, de las tareas propias de ministerio de los acólitos, especialmente del servicio al altar y a los pobres” (RFX No 322)

Profundizando pues aún más en el sentido espiritual de la vivencia de estos ministerios, podría recordarles algunos documentos de la Iglesia, que nos hablan de estos servicios.

Nuevamente hablando del lectorado, debemos estar convencidos que el ministerio de la predicación es y será siempre, una de las tareas primordiales de la Iglesia; más aún de todos aquellos que con generosidad nos hemos decidido por la causa del Reino. Es por ello que, como dice el Papa Francisco, el ministro lector “debe ser el primero en tener una gran familiaridad personal con la Palabra de Dios: no le basta conocer su aspecto lingüístico o exegético, que es también necesario; necesita acercarse a la Palabra con un corazón dócil y orante, para que ella penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos y engendre dentro de sí una mentalidad nueva” (EG, 149). “Quien quiera predicar, primero debe estar dispuesto a dejarse conmover por la Palabra y a hacerla carne en su existencia concreta. De esta manera, la predicación consistirá en esa actividad tan intensa y fecunda que es «comunicar a otros lo que uno ha contemplado»” (EG 150).

Y hablando del acolitado, no podemos no hablar de la Eucaristía, razón de ser de este ministerio; “Toda celebración litúrgica es obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo místico, «culto público íntegro», en el que se participa, pregustándola, en la liturgia de la Jerusalén

celestial., «La liturgia es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza»” (cf. Juan Pablo II, Carta apostólica *Spiritus et Sponsa*, n. 2).

He ahí hermanos algunas de las actitudes profundas que están llamados a testimoniar. Sigamos pues bebiendo de la fuente de nuestra vida interior que es la Palabra de Dios. En este momento de nuestra reflexión les propongo una meditación bíblica. A partir de ella, ustedes podrán hacer su meditación personal, ayudados por algunos textos y algunas preguntas.

2.- Reflexión Bíblica

El sembrador (Cfr. Ricardo Volo, *El Sembrador*, Vida Religiosa, monográfico 1/2018/vol. 124, pag. 39-58)

Lectura de la Parábola (Mc 4,1-20).

Antes que nada, al escuchar estas parábolas podemos descubrir a un Jesús que vive de realidades, que nos habla a partir de lo que vivió en Galilea y que, el objetivo principal es transmitirnos la realidad del Reino de Dios, ese reinado que viene a traer y que nos invita a ser parte, más aún, ser parte activa como lo van a ser ustedes al entrar con un servicio en la Iglesia, instrumento al servicio del Reino, con los ministerios que hoy reciben.

Esta parábola forma parte de las catequesis sapienciales que Jesús pronunció para adentrarnos en el corazón mismo de su mensaje: el Reino de Dios. Lo Cual es lo mismo que afirmar que nos ubica ante el misterio propio de la figura del Señor. Esta escena nos habla del misterio por antonomasia del evangelio: el ofrecimiento del don de la fe, de la Palabra salvadora de Dios; al tiempo que suscita la reflexión sobre la libertad del hombre para acogerla o rechazarla.

Tierra Estéril:

En la parábola de Jesús, la tierra no es sujeto meramente pasivo en el entramado de los acontecimientos descritos. Por el contrario, posee un papel activo de primer orden. Pues la tierra es alegoría del individuo, de cada ser humano, con capacidad de aceptación o repudio de la palabra divina. Hemos pues de ponderar con atención las expresiones articuladas en el texto: solo en la “tierra buena” la semilla puede fructificar. Esta parcela de terreno propicio representa, en boca de Jesús, la actitud de “escuchar” y “aceptar”, para poder “dar fruto” (Cfr. Mc 4,20). Lucas lo explicita aún más cuando dice: “Los de la tierra buena son los que escuchan la palabra con un corazón noble y generoso, la guardan y dan fruto con perseverancia” (Lc 8,15)

No basta con escuchar, ni siquiera con entender adecuadamente el mensaje del Reino. Es imprescindible acoger, guardar en el corazón, abrazar con generosidad y perseverancia la semilla de la palabra. Pues hacer la voluntad de Dios se concreta en escuchar en el corazón la Palabra de Dios, y así poder ser cumplida. Solo una palabra profundamente oída podrá ser fielmente obedecida. Es preciso acoger la Palabra, guardarla con perseverancia, porque existen poderosas amenazas que atentan contra ella.

Podríamos detenernos sobre todo en tres amenazas, según lo explicado por Jesús en la parábola, y que desembocan en un proceso de germinación frustrado:

Los pájaros que picotean con avidez los granos caídos al bode del camino son alegorías de las fuerzas malignas, que luchan por extinguir en el corazón humano la luz de la fe. Estos pájaros funestos cobran en la vida real múltiples rostros y diferentes formas.

El sol, que agosta inmisericorde parte de la semilla, o bien el fruto que apenas ha despuntado, nos habla de las dificultades, problemas y violencias que el evangelio sufre siempre en su proceso de maduración entre los hombres. No existe cosecha buena que no deba afrontar la inclemencia del tiempo. No existe fe que no deba arrostrar tensiones y persecuciones, en medio de unas eras plagadas de contrariedades. De aquí la importancia de tener profundas raíces, que puedan vencer las fuerzas hostiles.

Divisamos también la presencia de **ásperos y duros abrojos**, que tratan de sofocar toda cimiento. Son representaciones de los sentimientos y las actitudes perversas que se agitan en el corazón humano: la codicia de los bienes materiales, el egoísmo, la ambición del placer o del poder, la vanagloria o el anhelo de prestigio personal.

Ahora bien, todo esto que el Señor enseña, no tiene como objetivo crear pesimismo o provocar el desaliento. Ciertamente, Jesús es realista, es por eso que precisamente, él insiste sobre la fuerza de la semilla y de la tierra, para poner de relieve la fuerza de la fe en un corazón generoso y dócil. Antes de profundizar en este aspecto, que es con mucho el más importante, vale la pena detenerse en la consideración de otro ejemplo vivo de sus palabras. Pues, en realidad, toda “tierra buena” que acoge la semilla es, en realidad, una “tierra viva”, donde se concitan la complejidad y el misterio de toda existencia humana: los surcos vivientes donde brota la luz de Dios. Jesús nos invita, en pocas palabras a ser “tierra viva”.

Tierra Viva:

Hablemos de la tierra viva que estamos llamados a ser para acoger esta semilla del Reino, utilicemos el ejemplo de ciertos personajes bíblicos. Por ejemplo, el apóstol Pedro, y lo primero que notamos cuando leemos con serenidad las narraciones evangélicas, descubrimos que la semilla del Reino germinó en la “tierra viva” del corazón de Pedro con mucha dificultad y muy lentamente. Desde que conoció a Jesús, el sembrador, su figura es tierra viva donde amenazaron los pájaros de la iniquidad, el sol, las piedras y los abrojos. La de Pedro es una maduración personal marcada por fuertes contrastes. Después de varios años de convivencia con Jesús lo confiesa como Mesías: “Tomando la palabra Pedro le dijo: “Tu eres el Mesías” (Mc 8,29). Los demás acontecimientos de la vida de Pedro nos hacen ver esta necesidad de ser una tierra viva porque trabajada, sacudida, purificada; y es en ello que manifiesta su vitalidad. De esta experiencia podemos concluir que solo con el tiempo, lenta y trabajosamente, Pedro llegará a ser esa tierra buena, trabajada por el Espíritu, donde el diminuto grano del evangelio no sucumbe ante las dificultades y el sufrimiento aparejado al seguimiento de Jesús. ¿No fue acaso Pedro quien, suplicando el perdón del Señor, le dijo con un corazón abierto: “Señor, tú sabes que te quiero” (Jn 21,15)? ¡Aquí está la raíz

profunda que hace posible la germinación de la fe, a pesar de todas las adversidades! Esta tierra por fin renace y vive.

En otros casos, notamos en el evangelio, que la semilla de la Palabra cae en surcos de terreno insospechados, donde el grano sembrado despunta de forma tan sorprendente, como inesperada. Incluso Jesús llega a sorprenderse por la gran fe de algunos de sus interlocutores. Recordemos aquella mujer, que, entre la multitud, temerosa y apocada toca el manto de Jesús (Mt 5,34) y las palabras de este último llenas de reconocimiento y asombro “Hija mía, tu fe te ha salvado”; o la mujer siro-fenicia (Mc 7,27-29), o del centurión romano de Cafarnaúm que intercede por su criado (Lc 7,1-10). En ellos encontramos la combinación sublime de la más grande humildad, y la mas honda confianza. Una “tierra buena” donde el fruto del evangelio puede crecer con fuerza.

Y es que esta semilla encierra en su interior una misteriosa energía, que sobrepasa y supera nuestras fuerzas; ¡y nuestras expectativas!

El misterioso poder de la semilla:

Pero entremos en lo mas relevante de esta parábola: la verdad de la semilla. El mensaje principal de la alegoría de Jesús es poner de relieve el extraordinario poder del pequeño grano de fe que Dios dona generoso a cada hombre. Un misterioso poder supeditado, no obstante, a la libre acogida de cada persona.

La Parábola en sí nos enseña que, en realidad, al hombre se le pide generosidad y confianza..., pero no olvidemos que es Dios quien siembra y quien hace crecer en nosotros la semilla del Reino. A través de la historia de la Iglesia, hemos podido contemplar, con estupor el maravilloso poder de transformación que la semilla de la fe ejerce en las personas que la han acogido en sus vidas. Particularmente, en la vida de los santos. La “tierra buena” ha tenido, y sigue teniendo, nombres y rostros concretos. No es mera alegoría; es una tierra buena, una tierra viva, encarnada en circunstancias reales y biografías singulares. La gracia y la naturaleza alcanzan una maravillosa sinergia de movimientos, y convergen en el milagro de una vida santa. La semilla y la tierra simbolizan un diálogo, un matrimonio entre Dios y el hombre, en el que todos estamos invitados a creer, acoger y experimentar.

Un aspecto bellísimo que yo percibo en esta parábola es la forma cómo Jesús hace descubrir, en aquellos que aceptan sus palabras, las grandes capacidades internas que cada uno lleva en su interior, y que han sido ocultas por la acción del mal. Les revela hasta que punto la gracia de Dios, acogida en el corazón, puede convertirse en una fuerza, misteriosa pero real, de transformación real. Jesús nos revela que nuestra capacidad de hacer el bien es prodigiosa: “Los apóstoles le dijeron al Señor: Auméntanos la fe”. El Señor dijo: si tuvieras fe como un granito de mostaza, dirías a esa morera: arráncate de raíz y plántate en el mar, y os obedecería” (Lc 17,5-6).

Nosotros tendemos con frecuencia a focaliza nuestra mirada en la fuerza de aquello que se nos opone. Jesús, en contraste, nos enseña a contemplar la extraordinaria energía de aquello que se nos ha donado: la fe.

Al Maestro le gustaba comparar la fe con un diminuto grano, que tiene la capacidad interna de crecer y expandirse prodigiosamente. Solo hace falta acogerla con humildad y confianza. Es la fe que nos abre el horizonte y nos revela cuanto estamos llamados a ser. Nos impele al crecimiento y a la superación. Acrecienta la capacidad de admiración. Nos impulsa al amor y a la entrega. Nos llena de esperanza. Nos configura con Jesús de Nazareth.

Pues, finalmente, descubrimos con estupor que nosotros, tierra viva, tierra buena, somos transformados en el propio sembrador.

P. Rubén Antonio Macias Sapién sx

Bibliografía:

- Ratio Formationis Xaverianae
- Ministeria Quaedam, Pablo VI
- Evangelii Gaudium
- Ricardo Volo, El Sembrador, Vida Religiosa, monográfico 1/2018/vol. 124

MATERIAL PARA LA MEDITACIÓN PERSONAL

Textos bíblicos para la reflexión personal:

Mc 4, 1-20

Puedes leer también los textos de la “institución” de la Eucaristía: **Mc** 14, 22-25; **Mt** 26,26-30; **1 Cor** 11,23-25 y medítalos poniendo tu vida en el lugar del pan y del vino.

Puedes leer otros textos eucarísticos, particularmente **Jn** 6,22-59; 13,1-20 y las comidas de Jesús resucitado con los suyos.

Puedes también buscar los textos de la *Evangelii Gaudium* citados en la explicación (149-150) o todo el capítulo que habla sobre la predicación de la Palabra: 145-159.

Del documento de Aparecida:

“El pueblo de Dios siente la necesidad de **presbíteros-discípulos**: que tengan una profunda experiencia de Dios, configurados con el corazón del Buen Pastor; dóciles a las mociones del Espíritu, que se nutran de la Palabra de Dios, de la Eucaristía y de la oración; de **presbíteros-misioneros** movidos por la caridad pastoral: que los lleve a cuidar del rebaño a ellos confiados y a buscar a los más alejados predicando la Palabra de Dios, siempre en profunda comunión con su Obispo, (y con los demás) presbíteros, diáconos, religiosos, religiosas y laicos; de **presbíteros-servidores** de la vida: que estén atentos a las necesidades de los más pobres, comprometidos en la defensa de los derechos de los más débiles y promotores de la cultura de la solidaridad. También de **presbíteros llenos de misericordia**, disponibles para administrar el sacramento de la reconciliación”. (DA 199)

Algunas sugerencias y preguntas:

- 1.- Toda espiritualidad cristiana es necesariamente eucarística, la vida es para tomarla, darle gracias a Dios, partida y entregada a los demás: ¿Te parece que es eso lo que estás haciendo ahora en tu vida consagrada? ¿Estos ministerios que recibirás, de qué manera te ayudarán a ser un “pan partido y donado para los demás? ¿De qué manera, tu ejercicio de estos ministerios en comunidad, harán de ti un hombre eucarístico?
- 2.- Casi seguramente entraste con los Misioneros Xaverianos queriendo dar todo lo que eras a Dios en tu vocación misionera sacerdotal, ¿se mantiene así tu entrega generosa o estas tratando de guardar tu vida para ti? ¿Qué es lo que te está impidiendo darte completamente? ¿De qué manera, estos ministerios te ayudarán a darte completamente?
- 3.- La Palabra de Dios es poderosa, ella trae en si todo lo necesario para hacer germinar en ti signos de santidad; ¿de qué manera logras trabajar tu corazón para transformarlo en una tierra estéril a una tierra viva, fértil? ¿De qué manera estos ministerios te ayudarán a trabajar tu tierra interior” y la tierra de los demás?